

EPILOGO

La conversación que falta en el mundo rural



Lo que este Informe nos ha mostrado es que la ruralidad en Chile no está desapareciendo. Por el contrario, está llena de potencialidad y constituye una de las más importantes apuestas de futuro del país.

Lo que sucede es que ha cambiado tanto que ya no se parece a la imagen tradicional que teníamos de ella, y casi no se le reconoce con ese nombre. La manera que hoy tenemos de concebir y medir la ruralidad tiende a hacerla invisible. Para iluminar su importancia actual y aquilatar su potencialidad se requiere entonces un nuevo enfoque, uno que se concentre en el modo en que se integra sistémicamente un conjunto muy diverso de actividades y realidades socioculturales y económicas, enraizadas en territorios cuyas economías son preponderantemente piscisilvoagropecuarias. Lo que es claro es que “lo rural” no es sino una construcción social que define el modo de relación que la sociedad quiere establecer, en un momento determinado, con los habitantes de esos territorios. Lo que es hoy, puede que no lo haya sido siempre, ni tiene necesariamente que seguir siéndolo mañana.

El Informe sobre Desarrollo Humano en Chile Rural 2008 muestra que la ruralidad de hoy no constituye una forma de vida y una visión de mundo opuesta o excluyente de las formas de vida y visiones de mundo urbano-metropolitanas, o de la sociedad en general. Hoy, la ruralidad y las grandes urbes constituyen dos líneas paralelas y conectadas de una misma historia: ni tan distintos, ni tan distantes. Pero tampoco idénticos: la ruralidad de hoy comparte con las grandes ciudades la visión positiva del progreso alcanzado, pero se separa de ellas en su visión del futuro.

A lo largo de la historia reciente, los dramas del mundo rural han sido la exclusión (social, cultural y política) y la miseria, los conflictos relativos a la tierra y la participación (en los años sesenta), la pobreza y la indigencia (en los años ochenta y noventa). Hoy en día, es un tipo de sociedad que no está definida, en su estructura

socioeconómica, ni por la miseria o la pobreza, ni por la servidumbre política, ni por la demanda por tierra y participación. El problema de hoy es la nueva semiinclusión, en una economía social que tiende a generar una sociedad rural segmentada. Ni pobres, ni plenamente incluidos.

Así, la ruralidad hoy está marcada por los cambios de época y las circunstancias. En las últimas décadas cada sujeto de estos territorios ha debido configurar socialmente su existencia sin contar con modelos disponibles y probados. Los antiguos (inquilinato, servidumbre) ya no rigen, y los nuevos (¿emigrar?, ¿ser temporero?, ¿ser pequeño agricultor?, ¿ser obrero agroindustrial?, ¿estudiar?) no producen certeza. Así, cada sujeto rural puede caracterizarse por un intento reconstructivo, el de qué hacer con su vida y cómo.

La ruralidad hoy es tan local (instalada en un valle, comunidad e historia) como global (orientada a los mercados mundiales). Es lo mismo “campo” (potreros, cultivos, biodiversidad) que ciudad. Es incluyente (da empleo), pero también excluyente (lo quita en invierno). Es tradicional (siguen los campos de maíz, como en los albores de la agricultura nativa) y a la vez innovador por excelencia (así la actual venta de cáscaras de naranja para fines cosméticos).

Son estos diversos rasgos paradójicos los que deben ser armonizados en la definición de un futuro convocante para los habitantes de los territorios rurales. Desde el marco normativo del Desarrollo Humano, ésta es una tarea fundamental. Las sociedades requieren de capacidades colectivas que les permitan gobernar su futuro. No existen fatalismos ni pilotos automáticos: cualquier camino de desarrollo requiere de la deliberación social que lo dote de sentido y legitimidad. Así, el país requiere organizar un futuro de lo rural que reconozca y constituya un actor que hoy no está plenamente configurado en las sociedades rurales. La tarea supone asumir a lo menos cinco desafíos, que se resumen a continuación.

Cambiar la perspectiva de la conversación

El sujeto rural tiene una historia que tiende a ser relatada en una sola dimensión: la que está dejando de ser. Una historia de carencia y de pérdida. Pero no existe aún el relato de la historia que está comenzando a ser, la de la interacción entre la ruralidad y la modernidad. Falta por construir un nuevo relato histórico, aquel del cambio positivo y de las expectativas, de la transición que los nuevos hechos imponen a los imaginarios colectivos.

Los rasgos positivos de esa narración, el “adónde va” y el “adónde quiere ir” históricos, no están registrados en un relato común. Las personas y las localidades sí tienen un discurso de futuro y expectativas de movilidad individuales, pero hasta ahora no se acoplan con los futuros imaginados para lo rural.

Se requiere entonces de un cambio de perspectiva, porque las formas tradicionales de ver lo rural no permiten reconocer esta dimensión de futuro. La perspectiva actual al momento de relatar y analizar lo rural sólo ratifica su debilitamiento y pérdida de importancia. Esta nueva perspectiva no pasa únicamente por lo demográfico, geográfico y económico, pues requiere entender las sociedades rurales también como procesos sociales, culturales y deliberativos. El proceso social actual del mundo rural tiene muchas características positivas y nuevos desafíos, por lo que es preciso organizar un futuro incluyente a partir de lo ganado. Lo rural no está desapareciendo. Se orienta expectante y sin nostalgia hacia la construcción del futuro.

Propiciar una conversación más plural

Es preciso fomentar una conversación pública más rica y diversa, que sirva para hacer circular los diferentes discursos y voces de lo rural y no sólo para amplificar los mensajes unidireccionales del Estado. Hasta ahora se ha dado fundamen-



talmente una conversación campesino - Estado; pero el diálogo debe ser organización - Estado - empresa.

Hay que incorporar a la empresa privada en las discusiones sobre la ruralidad, más allá de la agricultura y la exportación. Su incorporación permitiría tematizar una suerte de “responsabilidad rural empresarial” que se haga cargo del gran impacto que ella tiene en la construcción de territorios rurales socialmente integrados.

Del mismo modo, resulta necesario incorporar más voces provenientes de la pequeña agricultura y de las múltiples manifestaciones asociativas no relacionadas con la producción piscisilvoagropecuaria que también actúan en estos territorios.

Promover una conversación más articulada

La conversación rural hoy está fragmentada. Nadie parece hablar por el conjunto, ni como conjunto, y ni siquiera al conjunto. Algunos actores se enfocan en los pequeños productores, otros en los medianos o grandes, otros en los pescadores, otros en los servicios, otros en las comunidades en clave medioambiental. Un grupo diferenciado de participantes conforma la ruralidad hoy, sin embargo, esa multiplicidad no ha encontrado todavía formulaciones integradoras. Es una totalidad compleja, que escapa todavía a su representación como tal. Para ser más precisos la conversación de los diversos sujetos rurales



tiene una misma agenda, y así se comprueba en los grupos de conversación, los talleres y las entrevistas. Pero, aun existiendo, no se la ha interpretado como totalidad o proceso común. Tienden a predominar las interpretaciones especializadas o parciales. Hay un discurso ya consistente del temporero, del pequeño agricultor, o del empresario, Pero no una palabra rural integrada-integradora.

De haberla, se potenciaría la construcción de capacidades endógenas a partir del reconocimiento de la mutua implicación de actividades y personas que, compartiendo un territorio, parecen no compartir una visión respecto de lo que pueden hacer juntas.

Discutir el actual enfoque administrativo territorial con el que se piensa y se actúa sobre la ruralidad

Los territorios rurales están principalmente enfocados como municipio-comuna o como Intendencia-Región. Con miras a abordar sus desafíos parece necesario discutir acerca de la pertinencia de ambos enfoques.

Las comunas observan el territorio desde sus límites hacia adentro: no como territorio rural, sino como territorio municipal, comunal o administrativo, lo que en parte, sin embargo coincide propiamente con un territorio rural real o vivido: las comunas son efectivamente un nivel de organización de los territorios rurales (por

ejemplo, articulando ciudades rurales y pueblos con campos intermedios, etc.), no obstante pierden potencialidad para expandir la escala de sus proyectos a aquellos desafíos que por su naturaleza o por la escasez de recursos propios requieren ser abordados de modo más bien intercomunal. (Esta limitación se grafica en el hecho de que, si bien oficialmente todas las comunas se dividen internamente en zonas urbanas y rurales, hayan surgido iniciativas que buscan reunir las bajo el rótulo de “comunidades rurales”).

A las regiones les ocurriría lo inverso: fallarían por exceso, no logrando entrar en el territorio rural. El concepto y registro regional sería fundamentalmente administrativo. Las regiones nombran y gestionan habitualmente más de un territorio rural, y no necesariamente una zona organizada y encadenada.

Esta combinación comuna-región parece ser dos veces obstáculo para pensar y actuar estratégicamente en la ruralidad. La comuna no veía su entorno, y la región no veía el sistema. En esas condiciones es más probable que la definición de un proyecto de futuro para los territorios rurales quede entonces al arbitrio y lógica de actores extraterritoriales o unidimensionales. O el Estado o el mercado, pero sin actor rural local.

Repensar el modo de ejercer representación y liderazgo en el mundo rural

El problema no es sólo de ámbito de acción, también de un modo de entender y ejercer la acción pública. La lógica del clientelismo y de la mera administración de recursos que entran y salen del territorio es claramente insuficiente cuando se trata de reconstruir un sujeto con capacidad de armar un proyecto propio de futuro.

Las elites de las sociedades rurales no parecen estar sustentando procesos de representación política que ayuden a desarrollar una visión integrada de los territorios rurales, y de su capacidad endógena de acción colectiva. Hoy las elites se

constituyen como figuras centrales gracias a la administración que hacen de los recursos, más que por su labor de representación y como figuras de sentido político en la toma de decisiones local. Es una elite más administrativa que política; más vertical descendente que horizontal o vertical ascendente. Ni esta elite ni los medios de comunicación asociados a ella parecen tener la disposición de generar la representación y reconstitu-

ción como sujeto y sociedad de lo nuevo rural, ni en su horizonte, ni en su estructura de funcionamiento ni en sus procesos de identificación. Parecen muy cómodos en la reproducción de un modo de ejercer el poder funcional al actual estado de cosas. Por ello es preciso crear los incentivos necesarios para propiciar nuevas formas de representación y liderazgo.

Lo rural nos importa a todos

El mundo rural constituye un grupo humano significativo del país. Significativo, primero, por sí mismo, por su peso demográfico, por su aporte material al conjunto del país, por sus potencialidades y porque quienes lo integran son sujetos de derechos. El mundo rural y sus habitantes importan por sí mismos. Pero también son significativos para la dinámica subjetiva, multicultural y multiambiental de la vida social del conjunto del país, y para la construcción de sus horizontes colectivos de futuro.

El mundo rural es portador, revitalizador y creador de símbolos, prácticas y tradiciones que forman parte de la sinfonía cultural que es Chile y de aquella memoria que llamamos historia de Chile. El mundo rural es, además, portador de desafíos de política pública que expresan las tensiones propias de nuestra modernización y de nuestra inserción en la globalización.

Lo rural y las sociedades rurales son mucho más que un grupo humano y un entorno físico que importaría sostener por razones de humanidad, de derecho o de economía, pues han sido, son y seguirán siendo una pieza significativa en ese mecanismo dinámico y complejo, siempre en

movimiento, que es la sociedad chilena.

Lo rural nos importa a todos, está en lo que todos nosotros somos hoy. Más aun, lo rural puede estar en el centro de lo que queremos ser en el futuro. La meta de hacer de Chile una potencia agroalimentaria y forestal es una apuesta de todo el país, no sólo de los territorios rurales.

A las puertas del Bicentenario, no podemos responder a la pregunta qué queremos ser mañana como país sin responder al mismo tiempo otra interrogante: qué lugar queremos que ocupe mañana lo rural entre nosotros.

Pero esta respuesta no puede ser teórica ni voluntarista. Lo rural no será simplemente lo que queramos que sea, o lo que nos convenga que sea. Lo que importa es reconocer las potencialidades y los retos presentes en las dinámicas reales de la vida rural actual.

Éste es el desafío que se ha impuesto el Informe sobre Desarrollo Humano Rural en Chile: escuchar la voz de los habitantes de los territorios rurales, para enriquecer esa conversación colectiva que llamamos Chile.